

De la sinrazón de las creencias a las razones del cambio catastrófico: una tesis posible sobre las crisis vitales

Carlos Moguillansky

La primera víctima de una guerra es la verdad.

Hiram Johnson

Introducción

La verdad es frágil. Ningún ambiente emotivo es neutral y sobre interpreta y avasalla cualquier perspectiva personal. La violencia de la interpretación, conocida desde P. Aulagnier (1975¹), obliga al niño a desarrollar alternativas personales para preservar su autenticidad. Ante la violencia impositiva el niño altera su propia versión de los hechos, la escinde, la olvida e incluso se desentiende aparentemente de ella. Sin embargo, las improntas de la infancia sobreviven y, llegado el caso, son la base para un retorno auténtico del origen, en lo que Bion (1965²) llamó el cambio catastrófico. Antes de eso surgen en la repetición -que Blos (1981³) llamó concreción: una acción cuya expresión tan enigmática suele ser vista como bizarra o delictiva. Ese malentendido surge de un prejuicio arraigado, que estigmatiza la acción frente a la expresión de la palabra. Sin embargo, se debe agregar que la acción es también un lenguaje expresivo, aunque a veces haya que extremar el ingenio para descubrir

¹ Aulagnier, P. (1975): *La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'énoncé*. Paris, PUF, 2003.

² Bion, W. (1965): *Transformations*. London, Karnac Books, 1984.

³ Blos, P. (1979): *The adolescent passage*, NY, IUP. *La transición adolescente*. La concreción. Bs. As. Amorrortu, 1981.

sus claves. El mismo Blos pudo describir la razón de la concreción en la eficacia de una desmentida familiar infantil. Ya Greenacre (1950⁴) había observado que la acción toma la posta expresiva cuando falla la palabra, pero en esa época el prejuicio ya señalado no acentuó lo suficiente que la acción se hacía cargo del manejo emocional cuando la expresión simbólica no lograba dar cuenta de éste. E. Laufer (1984⁵) señaló la importancia de la masturbación puberal como un escenario de la elaboración de los duelos infantiles, en especial el fantasma de unión con la madre (*Ibíd.* 238). El cuerpo y la acción erótica son vehículos expresivos de un conflicto, donde lo pregenital y lo genital se dan cita y se reenvían uno al otro mutuamente. Ese movimiento libidinal implica el uso del cuerpo en un vaivén en la distancia y la temperatura de la transferencia, que oscila entre los sentimientos de intrusión y su respuesta defensiva, que aísla al adolescente, y una intensa demanda de atención, que surge de sus fuentes más profundas e infantiles. Algo similar señaló M. Lisman-Pieczanski sobre el modelo del abuso sexual como una compulsión estratégica defensiva ante las severas ofensas a la intimidad en la infancia. Esas observaciones instan a pensar que hay una borrosa frontera clínica, más allá de las palabras, donde el cuerpo, la acción y la repetición ofrecen un escenario expresivo que va más allá del conocido modo de decir de la histeria. En esa repetición, el balbuceo de la necesidad representativa de las vivencias del sujeto, medra entre la desmentida, la escisión del Yo y las formaciones de compromiso que hacen de frontera entre esas defensas y la represión, tales como la concreción y las creencias. Si bien esta clínica se observó inicialmente en los desórdenes fronterizos y narcisistas, hoy la experiencia extiende sus fronteras a las neurosis y a las crisis del desarrollo.

A Blos le llamó la atención la aparente falta de ligadura asociativa de la concreción, pero su análisis mostró que esa acción -surgida en una desmentida- derivaba de un sistema complejo de fantasías, de mitos familiares y de creencias. Merece destacarse que esas creencias se expresan y le dan un argumento dramático a la concreción. La obra conjunta de las creencias y de la concreción brinda un reservorio mnémico y una función expresiva a esas vivencias, hasta tanto se haga cargo de ellas una herramienta simbólica más sofisticada.

Al igual que la concreción, las creencias son formaciones de compromiso que están en la frontera psíquica, pues se vinculan a la desmentida -personal o familiar- y a la escisión del Yo. Es curioso que después del estudio de Winnicott sobre el falso self, no se haya explorado el destino de aquello que se falsea o, para decirlo claro, no se

⁴ Greenacre, P. (1950): General problems of acting out. *International Journal of Psycho-Analysis*. 32:264. 1951.

⁵ Laufer, E. The adolescent's use of the body in the object relationships and in the transference. *Psychoanalytic Study of the Child*, Vol. 36. *Adolescence*, 1984, 2, 2:237.

haya estudiado cuál es la naturaleza de ese origen y en qué consiste su posible registro. Ese refugio es bastante inclemente, a juzgar por la evidencia clínica, pues su expresión aparece en los arrabales de la razón, cerca de la anormalidad, la locura o el desarraigo. La post-verdad dominante -social o familiar- deja sin espacio a las vivencias de una persona y las condena a un ostracismo psíquico, del que sólo se sale a través de la acción clandestina, el acto bizarro o, como veremos, las prácticas auto punitivas. A punto tal, que el propio sujeto pierde contacto consigo mismo y cree, que: "*lo que le pasa es normal*". Esta observación nos lleva ante el problema de la autenticidad y del arraigo en el origen. Si él es alterado por la imposición del poder dominante en la familia o en la sociedad, él se preserva en alguna formación transitoria -aquí estudiaremos el caso particular de las creencias- hasta que se dé la oportunidad para el retorno expresivo de su arraigo. En ese caso, la fuerza de la autenticidad tiene una intensidad suficiente para romper lo establecido en una vida y para generar un cambio emocional que se asienta en el origen del sí mismo: el cambio catastrófico. En contraste, si el origen es despreciado o desmentido, la expresión de lo que se asienta en dicha desmentida produce una vivencia de usurpación y banalidad.

No se trata de establecer ni la verdad notarial ni de acceder a un relativista efecto de verdad: esos dos extremos no hacen justicia a la convicción personal que surge en un psicoanálisis. Su hallazgo suele ser tardío, cuando se desarma el artificio defensivo, poblado de racionalización, construido en la irracional complacencia a enigmáticos pactos familiares. Se trata de acceder a una zona aislada y arraigada en lo profundo de una defensa escindente que, aunque se expresa en acciones bizarras e inmotivadas -acting out-, se escabulle a la encuesta analítica inicial. Luego, una vez que esa barrera se desmorona, los hechos parecen ser simples y causa asombro su incomprensión previa. Pero ella se justifica por su temor -a veces no percibido con claridad por el paciente- a la posible incomprensión de sus motivos por parte del analista, al que él lo ha pensado desde siempre como ajeno e incomprendido a dichas razones. La concreción resulta así un enigmático mensaje, planteado en la acción- cuyo texto necesita ser desentrañado de la maraña de malentendidos que el paciente adolescente -aunque he observado esta misma conducta en niños- tiene con su entorno, respecto del miramiento por su persona. Muchas veces encontraremos familias muy dedicadas y atentas a la conducta de su hijo, pero en esos casos suele suceder que dicha atención sólo es el primer paso para una respuesta protocolizada y operatoria, sin un contacto emocional apropiado.

El estudio de las creencias nos pone en aprietos: ellas han sido pensadas usualmente como un obstáculo irracional o como una eflorescencia pintoresca, que

debe aislarse o tratarse con una actitud benévola, a la espera de que la razón alguna vez impere sobre ellas. Algo similar podría decirse de ellas en el trabajo analítico: se las deja al costado, como un hecho psíquico de abordaje difícil, sino imposible. Sin embargo, ellas muestran su eficacia y se expresan en la acción repetitiva, en los síntomas, en la transferencia y en todo aquello que sirva para comunicar su mensaje, tan extraño e irracional como pleno de certeza ¿qué las hace tan presentes, universales e insistentes; por qué están invariablemente al lado de la producción más sofisticada y genial de una persona? ¿Por qué alguien puede descubrir el sentido de los sueños y a la vez sufrir un supersticioso temor a viajar en tren? ¿Qué atesora su misterio? Cuando Freud (1938⁶) se internó en el problema de las creencias, sostuvo, no sin razón: "*Me encuentro en la interesante posición de no saber si lo que tengo para decir debe ser considerado algo familiar y evidente o algo nuevo y asombroso*". El fetichismo da un modelo a formulaciones conocidas y triviales que ilustran el efecto de la desmentida -*Verleugnung*- cuando una realidad intolerable rasga la experiencia del Yo -*Ich Spaltung*- en dos posiciones contrarias y simultáneas: "*ya lo sé, pero aun así*". Ante ese hecho debemos inclinarnos a pensar que, o el fetichismo es más común que lo que se suponía o la *Verleugnung* forma parte del repertorio defensivo usual de las neurosis. Las creencias son un reservorio arcaico y conservan un lazo de transferencia con la experiencia infantil. En ellas "*el deseo actúa a la distancia a través del material consciente y logra que se manifiesten las reglas del proceso primario*" (Mannoni, O. 1963⁷). Son fórmulas conscientes que expresan -a través de la escisión del Yo que las constituye- deseos y fantasías que se han escabullido de la represión. Si bien su formato más conocido es la creencia fetichista en la existencia del falo materno, las creencias neuróticas trascienden ese contenido. Esta razón pone en cuestión qué forma de la angustia de castración enfrenta la *Verleugnung* en un caso no fetichista. La discusión no es menor, pues de un lado, hay una fórmula precisa -la creencia en el falo materno-, y del otro, se está ante la sobre investidura de un objeto -el talismán- al que se le atribuye una condición mágica, sobrenatural o siniestra que, aunque no es una investidura usual, está lejos de ser una condición fetichista en sentido estricto. Posiblemente, eso tenía in mente Freud cuando propuso estudiar las creencias en el duelo y la muerte. Por cierto, el animismo es una situación de emergencia, en la que las creencias y rituales buscan un amparo sobrenatural -sagrado-frente a la tentación y la culpa derivadas de la vida sexual. La culpa

⁶ Freud, S. (1938[40]): Die Ichspaltung im Abwehrvorgang. *GW XVII*, 57, 59-62. La escisión del Yo en el problema de la defensa. *Obras Completas*. Bs. As. Amorrortu, 1979.

⁷ Mannoni, O. "Ya lo sé, pero aun así". Comunicación presentada en noviembre de 1963 en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Publicada en *Le Temps Modernes*, 1964. *La otra escena*. Bs. As. Amorrortu. Remito al lector a ese artículo para la discusión sobre los roles de la *Verleugnung* y de la *Ich Spaltung* y su relación con la represión y el Principio del Placer en las mismas.

inconsciente es la causa de los ceremoniales obsesivos, donde el temor a la agencia moral convive con el tentador desafío sexual a ella. "*Los actos ceremoniales y obsesivos nacen así en parte como defensa contra la tentación y en parte como protección contra la desgracia esperada*" (Freud, S.1907⁸). El componente sexual infantil ilustra la compleja red de factores genitales y pregenitales, de la temprana relación del sujeto respecto a su sexo y a sus mayores. Al mismo tiempo, dichos factores muestran la importancia del rol parental como sede de una instancia práctica, que sostenga el conflicto frente al imperio del deseo sexual infantil. Ése sería a mi juicio el sentido en que debería entenderse la idea del desamparo infantil - *Hilflosigkeit*- como una experiencia que remite a la dependencia emocional con el adulto y hace de él un necesario objeto de su transferencia (Lacan, J.1960⁹; Porge, E. 1986¹⁰). El fracaso de esa función parental pone en aprietos a la función natural de la transferencia e impide que ella realice su usual atribución de significado a la experiencia actual. En esas condiciones de emergencia transferencial, el sujeto vive en un desamparo semántico -similar al que ocurriría ante la ausencia real del adulto-, que sólo puede ser salvado por las creencias y ceremoniales antedichos, que reemplazan la función adulta con la de un ser animista. M. Klein (1929¹¹) estudió ese fenómeno en la obra de M. Ravel *L'Enfant et les sortilèges*. M. Klein (1935¹²) señaló que un duelo actual solía reactualizar y resolver un duelo pasado. De ese modo, se atribuye un significado a la experiencia actual y se ofrece una nueva oportunidad elaborativa a un duelo pretérito. Esa observación fue confirmada muchas veces y permite pensar que la transferencia realiza esa simultánea tarea regresiva y progresiva, al dar nuevos sentidos a las marcas pretéritas de la memoria y a la vivencia actual. Cuando esa atribución falla, las creencias ofrecen un reparo psíquico y suplen dicha función fallida.

Sin pretender resolver la cuestión de fondo respecto del fetichismo, aquí se describe la relación de las creencias con los cambios -a veces catastróficos- que las conmueven, en la crisis vital y en los cambios evolutivos. De ese modo, continúa el estudio de las creencias en el duelo realizada hace algunos años (Moguillansky, C. 2001[2016]¹³). **La tesis de este trabajo sostiene que las creencias cumplen un**

⁸ Freud, S. (1907): *Zwangshandlungen und Religionsübungen*. Actos obsesivos y prácticas religiosas. *Ibid.*

⁹ Lacan, J. (1960): *El seminario 8*. Bs. As. Paidós 2008.

¹⁰ Porge, E. La transferencia a la cantonnade. Bs. As. Revista Litoral 10, 1986. E. Lacaneana de Psicoanálisis.

¹¹ Klein, M. (1929): *Infantile Anxiety-Situations reflected in a Work of Art and in the Creative Impulse*. *Contributions to Psychoanalysis 1921- 49*. Edited by E. Jones. London, The Hogarth Press, 1948.

¹² Klein, M. (1935): *A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States*. *Int. J. of Psycho-Anal.* 16: 146.

¹³ Moguillansky, C. (2001): *El papel de las creencias en la pérdida y el duelo*. *Panel de cierre del Congreso de la Asociación Uruguaya de psicoanálisis. El dolor y sus defensas*. Buenos Aires, Letra viva, 2016.

doble rol en la crisis vital: son un baluarte de resistencias ante el cambio del debut y son una reserva de vivencias que no lograron una adecuada representación psíquica. Ellas sostienen las vivencias hasta tanto ganen un significado transferencial propio y con ello accedan a ser una experiencia personal comunicable. Sus resistencias deben ser entendidas no tanto como una expresión de irracionalidad opuesta al cambio, sino como una necesidad de preservación de lo que con justicia esa persona considera lo más auténtico de su vida. Si no se comprende ese último significado, suele caerse en un malentendido con el paciente y se acrecienta una brecha innecesaria, en la que el paciente y el analista quedan a ambos lados de la escisión -propia de la creencia- y ven dos vértices distintos del mismo hecho. La reversión de la perspectiva que esa brecha instala no es un ataque a la tarea analítica. Ella expresa el legítimo deseo de preservar la autenticidad de una vivencia, que aún no logró obtener la sofisticación expresiva de otros registros. Una vez más, se estaría ante un tema al que, al igual que la transferencia, se lo pensó como un obstáculo y luego se lo vio como una herramienta del análisis. Los encubrimientos y falsos enlaces de esa clínica forman parte de la doble naturaleza de las creencias, a mitad de camino de una solución escindida, a mitad de camino de una formación represiva, en un punto de bisagra entre ambas defensas.

Aunque la repetición siempre incluye algún grado de transformación, su respeto por la autenticidad es la clave de la experiencia emocional y la causa de los cambios profundos que se afrontan en la vida. Ellos no siempre miden la violencia emotiva que generan y cuando son muy intensos, se justifica llamarlos con Bion (1965¹⁴): cambio catastrófico. Sin embargo, a pesar de su intensidad, mantienen un fuerte lazo de transferencia con el origen. Si éste se perdiera, se caería en una lisa y llana catástrofe. Este límite transferencial vela por la autenticidad de la experiencia, sin la cual la vida psíquica es fútil y banal, cercana a lo que Winnicott llamó el *falso self*. En esa línea de ideas, las creencias, a pesar de su sinrazón y su bizarra certeza, son una herramienta que sostiene dicha autenticidad, allí donde los cambios de la experiencia sobrepasan la tolerancia psíquica. Por esa razón, las creencias están en una fecunda tensión con el cambio catastrófico, especialmente en la transformación psíquica que acompaña a la crisis vital y los cambios evolutivos. El cambio catastrófico toma el material emocional asentado en las creencias como un lazo transferencial con el origen. A su vez, las creencias sostienen el borde tolerable de la transformación, más allá del cual la turbulencia emotiva o la ruptura del lazo transferencial amenazan con una vivencia sin sentido. La rigidez de las creencias y la violencia del cambio

¹⁴ Bion, W. (1965): *Transformations*. London Karnac Books, 1984.

catastrófico explican la explosiva clínica de la crisis, pero ello no obsta para que tengan una profunda cooperación emotiva. El estudio del debut abrió las vías para una mejor comprensión de las razones que impulsan -desde su matriz inconsciente- a la decisión adolescente como eje de esa crisis. Esa línea de trabajo lleva naturalmente al estudio de la crisis vital, como un incidente que puede ser independiente de la edad del individuo. El debut y la crisis vital tienen en su núcleo una decisión inconsciente y proponen un cambio catastrófico -en su naturaleza y en sus consecuencias- que introduce desidentificaciones y altera la matriz vincular. Esa transformación es inconsciente y dichas desidentificaciones ocurren en la exigencia que emana del deseo de una mayor autenticidad. Este es quizás el punto más difícil de transmitir en la comunicación de una experiencia analítica. Freud señaló que ella sólo podía ser vivida, *sida*. ¿Qué es eso que se sólo se puede experimentar en el acto de vivenciar, ser y reconocer eso que se es al ser? En todo caso, ¿cómo se registra? En ese registro estriba la cuestión de una experiencia, si ella puede presumir de ser auténtica y singular y, desde ese lugar, brindar la convicción de que eso que se es realmente es o corresponde con lo que uno siente que realmente, si eso es posible, uno es. Esta perspectiva no intenta quebrar la división subjetiva impuesta por la represión primordial, sólo atisba una brizna de aquello que, como decía David Hockney, es entrevisto entre el recuerdo de una mañana neblinosa y la percepción de una mañana soleada, para no alucinar su recuerdo ni avasallarlo con una percepción banal.

La doble vía del saber y del experimentar -inicialmente propuesta por Bion en su tesis sobre el *at-one-ment*- muestra su vigencia en la experiencia psicoanalítica, cuando una persona oscila entre su saber y su experiencia, en su búsqueda de una certeza *sida*, vivida y comprendida al calor de su vida y de los avatares de su propia experiencia. No sólo se trata de saber quién se es -en la deriva de la asociación libre-; se trata de experimentar que ese que uno es, realmente es uno y el mismo que creyó ser otro alguna vez, en otro tiempo y en otra circunstancia. El experimentar pone en aprietos la identidad del *Yo* y expone su aparente consistencia a una vertiginosa serie de incidentes que lo mostrarán cambiante, inconsistente, variable y abierto a un futuro incierto. Como diría J. P. Sartre, *no sabemos quiénes somos ni seremos y sólo sabemos quiénes hemos sido*. La crisis vital es el modelo de la metamorfosis de una persona, cuando lo potencial de ella se pone en acto y se manifiesta en las grandes decisiones y en los pequeños detalles de su quehacer ordinario. Dicho cambio, a veces catastrófico, surge sobre un plano escindido sostenido en las creencias. Los efectos derivados de la escisión y de su posterior integración se manifiestan en la explosiva transformación, que en su conjunto llamamos crisis vital. Por ello, nada

mejor que el examen de un material clínico clásico -el caso Jane estudiado por M. y E. Laufer- para poner en cuestión esta tesis.

Material clínico

Una crisis puede llegar a un punto sin salida aparente y llevar a la persona a una decisión terrible. El análisis de Jane (1984¹⁵) ilustra esa situación y luego, la transformación elaboradora que surgió en la transferencia, en la relación con el analista, en sus sueños y en sus vínculos emocionales. Laufer describe la relación entre el análisis de una adolescente y sus supuestos sobre la diferenciación sexual y la crisis aguda del desarrollo -*break-down* en el inglés original. El relato también ilustra la labor de la transferencia en su elaboración emocional de una creencia muy arraigada -que puede describirse como un cambio catastrófico, por la magnitud de su transformación emocional. La lealtad emocional de Jane hacia sus vivencias infantiles merece ser encuadrada en la sabia defensa de cierta anormalidad, que recomendaba Joyce Mc Dougall. El *break-down* de Jane ocurrió en silencio en su pubertad, cuando "ella se sintió compelida a tener sexo y llegó a la convicción de que **alguien algún día la mataría**" (Ibíd. 32, la negrita es mía). Esa creencia apareció de manera persistente en la transferencia y, de hecho, contuvo lo esencial a sostener en ese tratamiento. Aquí trataré de seguir sus transformaciones hasta la aparición, a mediados de ese análisis, de un sueño clave, cuyo desenlace semántico marcó un giro clínico de la cura. Ese análisis ilustra la doble vía de registro del material vivencial, que primero se inscribe en una localización espacio temporal y luego se entrama con otros significados para generar una significación personal, inscrita en la vida de Jane. Como tantos otros, ella tuvo dificultades para realizar esa doble tarea y debió esperar la llegada de un sueño, tras un doloroso curso transferencial -en su vida afectiva y en su análisis- para lograr una representación más cercana de sus emociones y de sus vivencias infantiles. Ellas habían quedado precariamente inscritas en sus creencias y eran actuadas en su peligroso *autostop*, entre otras prácticas auto punitivas. Veamos los hechos que ilustran ese proceso, en el inevitable vaivén entre la neblina y el sol, entre la distorsión del recuerdo encubridor y el núcleo de verdad que habita en toda producción subjetiva, aún en el delirio más frondoso.

La vida familiar de Jane estuvo impregnada de escenas violentas y pasionales. Su vínculo vengativo con su hermana y su madre impulsó su actuación erótica con su

¹⁵ Laufer, M. Laufer ME. (1984): *Adolescence and development breakdown: A psycho analytic view*. New Haven, Yale University Press. Reprinted London, Karnak, 1995. La totalidad de las citas surgen del texto en inglés. La traducción de éste al español es *Adolescencia y crisis del desarrollo*. ESPAXS, 1988.

padre y luego con sus compañeros sexuales. En su seducción al padre, ella lo acariciaba, se exhibía, lo llamaba desde el baño y se acostaba desnuda con él. Sus actos incestuosos eran resistidos por su padre, aunque debe consignarse que siguieron durante mucho tiempo, lo que hace suponer una complacencia familiar inconsciente a la circulación irrestricta de lo que llamaríamos un pacto familiar inconsciente de entrega sexual. La falta de una barrera a dicho goce pareció tener importancia en la clínica siguiente y en la falta de límites que presidió sus avatares. Laufer coincide con esta apreciación: *"En la latencia y durante un corto tiempo en la adolescencia, la fantasía de seducción con su padre continuó, y quizás éste contribuyó a ello. Jane pasaba ratos con su padre en la cama, abrazándole y creyendo que era capaz de provocarle una erección"* (Ibíd.:32). No sólo el padre contribuyó a ello, pues parece necesaria la participación de la madre en la entrega de Jane al padre, lo que supone también un goce transitivo de ella. Esta constelación familiar es usual en la clínica del abuso y de la violación adolescentes, en la que hay una severa confusión de lenguas entre el sexo adulto y el infantil (Ferenczi, S.1932¹⁶). En esa confusión, el lenguaje de la pasión malversa al lenguaje de la ternura, un tema que el análisis de Jane ilustra en el curso de la transferencia y en un sueño ejemplar.

Sin embargo, Laufer da a entender que el verdadero problema residía en que *"Jane, hasta donde le era posible recordar, sentía que algo en ella podía asesinar o volverse contra ella y matarla"* (Ibíd.:33). La violencia intrapsíquica fue estudiada desde distintas perspectivas como la posible causa de la actuación suicida: puede ser resultado de un conflicto narcisista (Ertzerdorfer, E. 2001¹⁷) o sexual. Perelberg (2001¹⁸) reportó un trabajo colectivo hecho en Inglaterra, que correlaciona el patrón suicida con antecedentes de conducta violenta y estudió el rol de la identificación proyectiva masiva y de sus consecuencias. Si bien el estudio no menciona explícitamente la confusión, el abordaje implícito de dichos mecanismos la hace evidente y, de hecho, en los casos clínicos que presentó, una severa confusión

¹⁶ Ferenczi, S. (1932): Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión. Conferencia pronunciada en el *XII Congreso Internacional de Psicoanálisis en Wiesbaden*, 1932. <https://es.scribd.com/doc/95300714/CONFUSION-DE-LENGUA-ENTRE-LOS-ADULTOS-Y-EL-NINO-ferenczi>

¹⁷ Ertzerdorfer, E. (2001); "The psychoanalytical positions on Suicidality in German speaking regions". *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001. Cita a H. Henseler (1974) quien, siguiendo ideas de Kohut, estudió el papel del narcisismo y de las "catástrofes narcisistas" como factor suicida. *El suicidio actuaría una fantasía fusional para preservar la autoestima reuniéndose fantásticamente con un objeto primordial que asegure paz y salvación. Por ello, la violencia derivada de la inestabilidad narcisista sería un factor de riesgo suicida.*

¹⁸ Perelberg, R. (2001): Violence and its absence in the psychoanalytical process. *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.

antecedía a la actuación suicida. Este tema merecerá una discusión detallada más adelante.

La creencia de Jane estaba relacionada con lo que Laufer llamó su fantasía masturbatoria básica: "*Hay un hombrecito en ella que la fuerza a masturbarse, después ella tiene la vergonzosa fantasía de ser atrapada por un hombre que la fuerza a darle masajes corporales y a chuparle el pene. Después ella se enrosca y une su boca con su vagina*" (Ibíd.:33). Su temor a ser anormal se sostenía en su creencia de ser lesbiana y de poseer en su vagina un poder dañino, capaz de destruir y matar. Importa destacar aquí la concreción de su creencia, respecto de su poder de seducir y de dañar, sin que ninguna barrera se oponga. "*Ella creía que el odio a su madre nunca le permitiría hacer otra cosa que destruir el pene del hombre.*" (Ibíd.:33). Laufer piensa que esa creencia alteró el desarrollo del Yo, especialmente su percepción -su auto imagen corporal- y el test de la realidad. Ese es un hecho comprobado por muchos autores que estudiaron la adolescencia (Greenacre, P. 1953¹⁹; Winnicott, D. 1953²⁰; Jacobson, E. 1964²¹; Blos, 1967²²). Laufer agrega que esos hechos giran alrededor de la fantasía masturbatoria, un hecho que, al igual que sus creencias, permaneció aislado del comercio asociativo y fue reacio a entrar en la conversación de la cura. Sus creencias y sus fantasías masturbatorias sólo encontraban su cabal expresión en las acciones que Jane repetía en el consultorio y en su vida cotidiana, emocional y sexual (Mannoni, O. 1963[64]²³). Sin embargo, ellas formaron parte del curso central de la cura y desencadenaron su actuación suicida a los seis meses de iniciado el análisis. La presentación en transferencia de esas creencias y fantasías es usual en aquellos casos en los que no hay aún una clara transformación transferencial de las mismas, pues aún no surgieron las metáforas eficaces que ligan esa presentación a una representación psíquica adecuada. Esos actos fueron durante mucho tiempo denostados y estigmatizados como un *acting out* contrario a la cura (Giovacchini, P. 1986²⁴); sin embargo, ellos corresponden a los primeros movimientos repetitivos que ligan esas vivencias a la palabra y vehiculizan una potencial transformación futura (Moguillansky, C. 2007²⁵).

Jane no podía tomar una decisión. No sabía si el análisis iba a darle una solución o la destruiría y esperó, sin que el analista lo supiera, a que él la tome por ella. La

¹⁹ Greenacre, P. (1953): "Certain Relationships Between Fetishism and Faulty Development of the Body Image. *Psychoanalytic Study of the Child*. 8.

²⁰ Winnicott, D. Kahn, M. (1953): Review of Psychoanal. Studies of the Personality. *Int. J. Psychoanal.* 34.

²¹ Jacobson, E. (1964): *The self and the object world*. London. The Hogarth Press.

²² Blos, P. (1967): The Second Individuation Process of Adolescence. *Psychoanal. St. Child*, 22.

²³ Mannoni, O. *Ibíd.*

²⁴ Giovacchini, P. (1986): *Developmental Disorders*, J. Aronson.

²⁵ Moguillansky, C.: La invención de la experiencia. *Psicoanálisis APDEBA* Vol. XXIX - N.º 2, 2007:341.

construcción de este depositario funcional es un hecho de vastas consecuencias, pues tanto en el análisis como en su vida sexual, Jane esperaba que otro adoptara un rol activo, muchas veces cruel y torturador (Pichon-Rivière, E. 1957²⁶). Ese era su modo de desubjetivarse respecto de su propio deseo (Cahn, R. 1998²⁷). La *subjetivación* adolescente merece ser pensada junto a su opuesto: lo que podríamos llamar la **desubjetivación**, cuando el joven se desliga o se desentiende de su deseo por razones defensivas. Como veremos con Jane, la dificultad para sostener ciertos hechos como una experiencia subjetiva forma parte de las vicisitudes del debut, junto a su usual movimiento radical de subjetivación. Aquí esa desubjetivación iba acompañada de un severo *acting out*, en el que Jane se exponía a experiencias muy peligrosas -físicas y emocionales- para su vida. Esta conceptualización se solapa con las hipótesis del pasaje al acto y el *acting out*. Aun así, vale la pena correr ese riesgo, en tanto la idea de la desubjetivación propone un acto de desentendimiento respecto de la propia relación subjetiva con esa experiencia, que no está necesariamente presente en el pasaje al acto y en el *acting out*. Esta hipótesis cobra singular valor clínico en el problema contratransferencial que dicha acción negativa generó en el analista.

Eso brinda una importante lección, cada vez que el riesgo de esa clínica, que tantas veces como en este caso, deja la seguridad física y psíquica del paciente del lado del analista. Aquí ese riesgo es la expresión de un acto implícito de descuido histórico -en este caso parental- que el paciente muestra casi involuntariamente y lo deja a un lado, casi olvidado, para que alguien lo recoja en la interpretación analítica o, tantas otras veces, en la actuación de contra transferencia, como describe Klüwer, en la clínica de la coerción. Jane actuaba esas fantasías sádicas y las llevaba a un extremo, inoculando e invitando a su compañero de ocasión a asumir un rol sádico -realmente peligroso para su vida. A su vez, ponía en aprietos al analista, al obligarlo a presenciar su *acting out* auto destructivo y a tomar una decisión ética: ¿cuidar, prohibir o interpretar? De M'Uzan (1989²⁸) y Diatkine (1992²⁹) ponen el acento en el acto ético del análisis, para diferenciarlo del uso de la época - ¿ligado al Ideal del Yo? - y de la transferencia implícita del analista en su labor. La inoculación del descuido parental está en el centro de lo que la transferencia pone en juego, al instalar el doble juego seductor y descuidado de los padres de la infancia-en una tensión escindida en apariencia, pero muy notoria en la presentación transferencial. El problema clínico se agrava cada vez que esos roles se despliegan en distintos personajes de la escena:

²⁶ Pichon-Rivière, E. *Teoría del vínculo: clases 1956/57*. Bs. As. Ed. Taragano, Nueva Visión, 1985.

²⁷ Cahn, R. *L'adolescent dans la psychanalyse: l'aventure de la subjectivation*. Paris, PUF. 1998.

²⁸ De M'Uzan, M. (1989) Pendant la séance. *Conférence a la SPP*.

²⁹ Diatkine, G. (1992): les limites du contre-transfert et l'éthique. *Rev. Franc. Psychanalyse*.

el partenaire sexual del *autostop*, el analista, ella misma. El *splitting* que explica ese despliegue no deja, sin embargo, de presentar todos sus aspectos en una escena de conjunto. El sueño ulterior de Jane expresará esos hechos de un modo más inteligible para ella y para el analista. La distribución en distintos personajes recuerda la descripción que hizo D. Meltzer (1973³⁰) de la personificación en el conflicto grupal adolescente: cada joven da el semblante para representar a cada uno de los personajes del conflicto y para conjugar su dinámica. Aunque ninguno tenga una clara conciencia de qué está pasando en dicha dinámica, su valencia inconsciente grupal (Bion, W. 1950³¹) los habilita para resolver el conflicto en el juego alternante de personificaciones en la vida grupal. Esa descripción ilustra el modelo kleiniano de la identificación proyectiva como una herramienta útil para comprender su uso como una defensa que genera confusión y como un instrumento de la elaboración.

La actuación de ese aspecto destructivo de sí misma -con sus partenaires sexuales- fue el primer indicio de la movilización de algo enclaustrado en su creencia destructiva. Ese aspecto aislado y enigmático de su persona sobrevivía en la escisión de su Yo y permitía que algo personal de Jane mantuviera su vigencia, a la espera de que algún movimiento de transferencia arrimara una elaboración metafórica. Curiosamente, en ese acto pasivo tan riesgoso para su propia integridad, ella esperaba que el otro -el analista o el desconocido que la levantaba en su *autostop*- se hicieran cargo de ella y tomaran por ella las decisiones que ella no podía adoptar por sí misma. La transformación negativa de su deseo de ser cuidada la llevó a realizar actos masoquistas severos y a poner en riesgo su vida. El elemento vital escindido fue inoculado en el analista: él describe en su reporte clínico muchas intervenciones en las que reveló su preocupación contratransferencial. Con A. Aryan (1992³²) llamamos negativismo a esa defensa, en la que predomina la inoculación de un impulso motor en el depositario proyectivo. Esa inoculación es común en la conducta de riesgo, especialmente en los casos de auto punitión. La desobjetivación implícita en esa presentación de la transferencia expone al análisis a inevitables problemas contra transferenciales y a polémicas sobre las actitudes analíticas o no analíticas, cuando el analista es apelado a asumir una responsabilidad por la vida de su paciente (Heimann, P.1950³³; M'Uzan, M.1989; Diatkine, G.1992). Klüwer (2001³⁴) estudió la coerción implícita en dicha violencia pragmática. No obstante, a

³⁰ Meltzer, D. (1973): *Sexual States of Mind*. Harris Meltzer Trust. Karnac. 2008.

³¹ Bion, W. (1950): *Experiences in groups*. Reprinted Tavistock, 1961.

³² Aryan, A. y Moguillansky, C. (1992): Dificultades del establecimiento de la transferencia en el análisis de adolescentes. *Clínica de adolescentes*. Bs: As. Teseo, 2009.

³³ Heimann, P. (1950): "On countertransference". *Int. J. of Psycho Anal.* 31: 81.

³⁴ Klüwer, R. (2001): "The psychoanalytic attitude and the treatment of suicidal patients". *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.

pesar de esos recaudos, la interacción analítica se impregna de sutiles propuestas afectivas y pragmáticas (Schaffer R. 1993³⁵) e ilustra que la violencia tiene muchas fuentes -vinculares, narcisistas, agresivas, sexuales y, agregaría, desubjetivantes.

Los reclamos del analista no lograron romper el circuito transferencial de esa creencia, en el que Jane repetía su cliché con un personaje que la acechaba, la torturaba y la abandonaba, en el filo de navaja de un juego con la muerte. Los dos aspectos que aparecen en el reporte no serían tan lejanos entre sí: tanto la erotización gozosa con su padre (y con su madre entregadora) como el aspecto mortífero que deseaba herirla y matarla parecen ser dos caras de una misma escena. Más allá del eventual compromiso edípico de su actuación incestuosa con sus padres, su deriva siguiente en su vida promiscua ilustra un uso del sexo – Lisman-Pieczanski habla de una búsqueda de abuso-, que bien podría describirse como próximo a la clínica del poder y de las adicciones. Su entrega sexual al deseo del partenaire es un falso pretendiente que reemplaza su genuino deseo de ser mirada y protegida por la puesta en acto de quien sólo tenía ojos para desearla sexualmente. Su ejercicio genital resuelve de un modo espurio su conflicto sexual pregenital con sus padres de la infancia. Dicha erotización y la culpa transformaron regresivamente a los padres protectores deseados en los malvados ejecutores de una tortura tan dolorosa y auto punitiva como accesible y disponible. Sólo hacía falta llamar a papá desnuda o realizar un *autostop* para desencadenar una escena que accedía al contacto fehaciente con quien era, hasta un momento antes, un ser indiferente. La mutación de la escena dolida del abandono en la escena activa de la seducción incluía la malversación del deseo pregenital en una actuación genital erotizada, dominante y destructiva. Freud describió en *Pegan a un niño que* la culpa por la transgresión edípica conduce a un acto masoquista. Éste se inicia en un acto auto punitivo -que satisface el masoquismo moral- y termina en un masoquismo erótico -que suma su goce a la fiesta culposa. El acto masoquista conjugaba su venganza hacia su madre odiada y su culpa por su seducción incestuosa; pero detrás de esos elementos agresivos estaba la confusión de lengua y su desolación por el abandono ante dos seres que le ofrecían un clima erotizado a su deseo de protección pregenital. Laufer señala que *"la relación pre-edípica con la madre y la identificación con ella estaban representadas por la idea de la boca y la vagina tocándose, es decir, la boca envenenando la vagina y viceversa, y también en la fantasía del hombre que la inducía a chupar su pene"* (Ibíd.:34). Laufer sostiene que en otro momento del análisis esa fantasía pudo ser entendida en relación con la fantasía de su propio pene y del pecho de su madre, que podrían tener

³⁵Schaffer, R. (1993): *The analytic attitude*. Hogarth Press. London

y contaminar esa propiedad de envenenar. Su vagina y su cuerpo eran los ejecutores atormentadores de su odio y de su culpa.

Laufer insiste en que *"si el caso hubiera sido comprendido fundamentalmente en términos pre-edípicos, el tratamiento no hubiera incidido en la elaboración de la fantasía edípica de destrucción mediante el uso de la vagina y habría incitado a Jane a encapsular su trastorno sexual, disociando y apartando de la conciencia sus sentimientos respecto a su vagina"* (Ibíd.:34). La polémica no es necesaria, las tendencias genital y pregenital conviven en el síntoma, debido a la transformación del vínculo pregenital en una expresión genital erotizada. Laufer admite eso: *"quizás se hubiera logrado algún insight respecto a su motivación "*, pero agrega: *"pero habría habido muy pocos cambios en sus relaciones con los hombres o respecto a ella misma como mujer"*. Ese es un falso dilema, el examen de la erotización defensiva incluye el análisis de las fantasías relativas a su vagina y al poder destructivo que ella le atribuía a dicho órgano. Por lo demás, Laufer parece estar en lo cierto, al indicar que el intento suicida pudo surgir *"cuando Jane se vio forzada a destruir al órgano que contenía y permitía realizar su deseo incestuoso"* (Ibíd.:34). J. Maltzberger (2001³⁶) describió como *objetivación* a la proyección enajenada de un deseo negado por la paciente, que adopta en el propio cuerpo o en una parte de él la condición animista de ser un sujeto de deseo, cuya motivación autónoma lo transforma en un ser ajeno y separado del Yo. Esta proyección tiene vastas consecuencias, pues la confusión que la acompaña genera un *acting out* particularmente alejado de la realidad, que remeda las condiciones de la psicopatía o la psicosis, sin serlo realmente. Este trastorno específico del test de realidad podría dar la explicación, tanto de sus severas actuaciones como del intento suicida que Jane cometió luego, en el que la confusión sería la causa de la pérdida del juicio de realidad.

La culpa por estas fantasías se expresaba concretamente en su vida sexual. Ella no tenía orgasmos en su acto sexual con su novio y necesitaba masturbarse. *"El analista tenía la sensación de que ella prefería la masturbación cuando en su fantasía podía experimentar la idea de ser humillada, sorprendida y algunas veces violada"* (Ibíd.:140). El aspecto masoquista de su masturbación se hizo explícito cuando Jane dijo que...: *"imaginaba que alguien (no sabía exactamente quien) la masturbaba violentamente y lo único que importaba es que ella llegara al clímax"* (Ibíd.:140). Aquí la *objetivación*, propuesta por Maltzberger, es muy elocuente. Ese clima se desplegó en las escenas de *autostop*, en las que ella se exponía a un trato violento y

³⁶Maltzberger, J. (2001): "The psychoanalytical positions on Suicidality in English speaking regions". *Congress of Suicidality Hamburg*. 2001.

riesgoso con desconocidos, a quienes excitaba con caricias, aunque no consentía tener sexo. Lo mismo ocurría en sus sesiones: Jane acusaba al analista de no impedir que ella siguiera con su compulsión. *"Ella era mala, despreciable, sucia y el analista no era mejor si la escuchaba y le permitía asistir al tratamiento" ...* El analista temía ser pensado por ella *"como brutal y frío y que la forzaba a someterse a él"* (Ibíd.:142). La fantasía masoquista entró en la conversación y el analista temía quedar implicado realmente en ella. Jane se quejaba de que no podía renunciar al sexo con Bill, su novio, pues de otro modo *"estaría sola y abandonada y entonces intentaría excitarse, lo que sería horrible y anormal"* (Ibíd.: 142). Aquí se hizo claro la relación que Jane establecía entre sus deseos genitales -con Bill- y su temor a sentirse sola y abandonada y luego a tentarse y acceder a su masturbación masoquista. Aquí se vuelve claro que no es posible dividir la clínica en actos genitales y pregenitales, pues ellos están íntimamente relacionados, a través de la regresión y la proyección. Jane dice que se ve forzada a un acto heterosexual, cuando en realidad la impulsa un temor homosexual y tras él, el deseo de ser acariciada y protegida. De igual modo, es complejo el origen de su culpa, pues en la superficie parece ligada a su acting out sexual, pero pronto enfrentamos su culpa por desear ser amada.

Su agitación fue en aumento y Laufer indica que había elementos para sospechar que una grave crisis se avecinaba. Una mujer le dijo que masturbarse podía ser un buen método para desembarazarse de su ansiedad. Jane tomó esa frase como un permiso para seguir masturbándose, pero su ansiedad aumentó y temió perder el control impulsivo. *"El día anterior al intento suicida Jane dijo que estaba perdiendo el control de sí misma y que todo había perdido sentido para ella... Y cuando el analista le habló del hombrecito que la incitaba a hacerlo, ella replicó que no podía hablar de ciertas cosas"* (Ibíd.: 143). Ese aspecto inaccesible de su personalidad sólo pudo ser abordado mucho tiempo después, pues *"nadie podía ni debía llegar; era suya y no podía desprenderse de ella"* (Ibíd.: 144). Algo íntimo de Jane debía sobrevivir, aún en ese momento suicida. Su temor al contacto emocional formaba parte del equívoco entre ser tocada emocionalmente y ser tocada sexualmente, lo que explicaba en parte su síntoma que se expresaba en su conducta compulsiva genital. El tacto y el contacto eran parte del nudo de vías que expresaba el equívoco emocional y abría el camino para la actuación sexual defensiva.

Jane estaba lejos de comprender que buscaba protección cada vez que se entregaba a un desconocido, pues la erotización y la culpa encubrían el contacto cariñoso que ella robaba en esos encuentros. La fuerza mortífera de su *Superyó* era correlativa a la culpa que le daba tanto su deseo de ser protegida como su acción seductora. Entretanto, sus creencias mantenían en un vilo secreto y encubierto su

deseo repetitivo de ser protegida, a pesar del dolor que su actuación le procuraba. El doloroso malentendido que presidió su infancia sexual prosiguió como síntoma en su adolescencia, en sus actuaciones de transferencia en su análisis y en sus actuaciones promiscuas del *autostop*. Sin embargo, la sinrazón de su certeza tenía el sentido de preservar en esa creencia el lazo transferencial con su deseo infantil de ser protegida, aun cuando éste quedara encubierto por la transformación defensiva. La contra transferencia del analista ilustra la intensidad de ese deseo, inoculado y transformado en él como preocupación clínica.

Jane expresó muchas veces su temor al descontrol de su vida pulsional (y agregaríamos auto punitiva). Y, por cierto, su descontrol fue *in crescendo* hasta desembocar en el intento de suicidio. La hipótesis de la defensa adictiva se fortalece frente a ese pasaje al acto final, desesperado e impotente. Jane pareció estar al borde de sus fuerzas defensivas, cuando su promiscuidad la llevó cada vez más cerca de un desenlace mortífero. Ella creía que debía destruir al agente de su seducción. Esa acción masoquista sería el acto punitivo que uniría su deseo culposo y su culpa retaliativa. Jane le reprochaba al analista desear destruirla, al no sostener su deseo de atención focalizada. Ese intento desplegaba en la transferencia su cliché destructivo masoquista ¿Cómo sostener esa presentación, sin desmentir la presencia del *Superyó* auto punitivo ni sobre actuarlo con una interpretación que Jane pudiese entender como acusadora? Ante la intensidad de este cliché que se conjugaba en sus actuaciones, en su masturbación y en la transferencia, el peso de la persona real (Greenson, R. 1976³⁷) pudo haberle jugado una mala pasada al analista, pues es difícil hacerse a la idea de representar un personaje tan destructivo en el juego de la transferencia. De todos modos, es posible que el desenlace suicida fuese inevitable, debido a la fuerza de su culpa y la severa transformación defensiva -masoquista- de su motivación original.

El intento suicida provocó una internación de varias semanas. El analista y Jane se vieron en ese tiempo. Él la visitaba en el lugar de internación y otras veces Jane concurría al consultorio. Jane y el analista se concentraron en "*examinar en detalle su vida cotidiana; ella comenzó a comprender hasta qué punto se sentía desconcertada frente a su vida en el último tiempo*" (Ibíd.: 144). Jane creía que debía morir. El analista sentía que hacía poco contacto con ella. En esas sesiones Jane admitió la importancia de su deseo de estar cerca de su madre. Su odio hacia ella, tan intenso al inicio del tratamiento, había dado paso primero a su ambivalencia y luego al reconocimiento de su deseo de estar a solas con ella. Laufer sostiene: "*era*

³⁷ Greenson, R. (1976): *Technique and practice of Psychoanalysis*. Técnica y práctica del psicoanálisis. México, S. XXI, 2004.

como si ahora necesitara realmente estar sostenida por ella” (Ibíd.: 147). Este fue un tiempo clave del tratamiento: el tono agresivo incestuoso de la defensa sexual cedió y, a su turno, surgió el vínculo pregenital -amoroso- con la madre. En esas circunstancias Jane tuvo un sueño, al que calificó de pesadilla: “Jane ama a otra chica y es amada por ella. Piensa que sería bonito masturbarse mutuamente “. Al despertar, pensó que era mejor morir. Recordó que el día anterior había comprado vino y lo había compartido con otra paciente; al beberlo sintió en su vagina la sensación de que algo iba a ocurrir. Ella deseaba abrazar a la otra mujer y ser amada por ella: “Yo la amo y la odio. Cuando me emborrachaba, tenía necesidad de agarrarme a ella y que ella me agarrara a mí”. (Ibíd.: 147). Luego dijo: “Cuando Bill hacía el amor con ella, parecía no darse cuenta de que lo que ella quería era ser sostenida, sólo ser sostenida y sentirse segura, nada más” (Ibíd.: 147). Ella debía hacer el amor, a pesar de que no quería hacerlo, “porque si no desearía estar con otras chicas”.

Antes de examinar esas producciones de Jane, querría hacer notar la coexistencia de la aparición del amor pregenital en la transferencia con la producción de ese sueño, que por primera vez daba clara expresión a su deseo amoroso y a su deriva masturbatoria, donde se ve el tránsito aún borroso entre masturbarse, agarrar y ser agarrada, tocar y hacer contacto, excitarse y sentirse sostenida. El sueño y la transferencia analítica son dos vías de la transferencia que sostienen esa nueva atribución simbólica y enriquecen la precaria ligadura transferencial mantenida por la creencia, que presidió el acting out sexual. Por esa razón, ese tiempo del análisis es un punto bisagra que transforma la sinrazón de la creencia en un cambio catastrófico. Así se da comienzo a una nueva urdimbre simbólica y se permite la elaboración y atribución de significados en un nivel semántico -transferencial- más sofisticado.

Estas secuencias ilustran el laberinto de deseos pregenitales y genitales, entre su deseo heterosexual defensivo y su temor subyacente al deseo homosexual, confundido con su deseo de ser sostenida por su madre o por otra mujer que la reemplace. La creciente expresión de su deseo de ser amada y sostenida por su madre y su hermana permitió que su ambivalencia entre su deseo de vivir y de morir entrara de lleno en la transferencia, en una nueva perspectiva: Jane sabía que su analista era fuerte, pero al mismo tiempo él le había dicho que no podía salvarla de su deseo de morir. Ella lo incitaba: “Usted debería decirme: ¡no quiero verla más!” (Ibíd.:148). Sin embargo, al final de la sesión ella se despidió diciendo: “no se preocupe, me recuperaré”. El sueño marcó un giro en la clínica. A partir de él, Jane sintió que no era necesario decir: debo morir. El mandato superyoico había cedido.

Al mismo tiempo, ella comenzó a estar en silencio, en un movimiento nuevo de mayor distancia y discriminación del objeto transferencial. Sus temores se trasladaron a la noche y a sus sueños. Necesitó durante un tiempo tomar algo para dormir y así enfrentar a lo que pudiera surgir en sus sueños. Al mismo tiempo, ella confiaba más en su analista y se atrevía soñar y enfrentar su "parte loca". La fusión concreta con el asesino había cedido y ella había finalmente logrado discriminarse y ahora podía no ceder a su impulso asesino. La sinrazón de la objetivación y la confusión daba paso al pensamiento y a la razón. Jane podía unirse con el analista frente a la loca -ella misma- que deseaba matarla. Ella podía realizar un *splitting* discriminador entre ella -que deseaba vivir- y ella -que aún deseaba morir. Y el analista podía establecer con ella un ámbito de elaboración y de pensamiento que pudieran ayudarla a distinguir esas dos mociones.

Aquí abandono el excelente reporte de Laufer, que prosigue con el desarrollo transferencial de la relación con el padre y la falta de una firme posición normativa. Mi interés se centra en ilustrar el movimiento de la transferencia, desde sus creencias iniciales hasta el sueño y la sutil transformación superyoica que se dio entre ambas expresiones. Jane necesitó dar lugar a la sinrazón de sus tendencias auto punitivas como un modo de preservar el conflicto entre su deseo de ser sostenida y la expresión defensiva de su *acting out* heterosexual. Blos (1971³⁸) no dudaría en llamar a ese conflicto *delincuencia* (seudo hetero) *sexual femenina*, para acentuar el elemento trasgresor de la misma como reacción al temor homosexual ante la peligrosa cercanía emocional con la madre seductora. El sueño permitió la investidura de la transferencia, que unió la experiencia transferencial -ya actuada en el consultorio y en el *autostop*- a una trama significativa que dio acceso al conflicto ambivalente amoroso, pregenital y homosexual con la mujer -expresada en la serie dada por la otra paciente, Bill, el analista, la hermana y la madre-, como una fantasía subyacente a su síntoma promiscuo e incestuoso, actuado en su masturbación y su vida sexual genital. Esas figuras dieron oportunidad al establecimiento de metáforas con una creciente sofisticación, que culminaron en el sueño. Esa investidura dio curso a la expresión de su deseo de ser sostenida a solas por una mujer o por un personaje protector y continente -como Bill y el analista. Jane pudo comprender que en su vida sexual estaba presente de un modo silencioso y casi clandestino este deseo de sostén. Ella deseaba que su deseo fuera adivinado sin mediar palabras, pues sólo así ella estaría segura de ser amada y comprendida, sin la vergüenza o la culpa que

³⁸ Blos, P. *Psicoanálisis de la adolescencia*. Barcelona, J. Mortiz, 1971. *El reporte del caso Nancy ilustra el desarrollo de una pseudo heterosexualidad agresiva y promiscua, como resultado de su reacción defensiva ante su temor al contacto con su madre seductora. Blos describe allí al acto delictivo sexual como una defensa extrema ante el temor homosexual.*

acompañarían a su pedido más explícito. El sueño y la investidura que acompañó al movimiento de transferencia expresó un conflicto silenciado por su represión y su escisión yoica. En ese silencio, su deseo de sostén sólo se expresaba en la actuación masoquista y en su entrega a un *Superyó* sádico que la torturaba, violaba y vejaba, hasta el punto de desear asesinarla. La confusión, que esas fantasías *objetivadas* expresaban, se conjugó en un acto suicida, en el que se borroneó la distinción entre la mano que asesina y el cuerpo asesinado, tal como lo describió J. Maltzberger (2001³⁹). El intento suicida se montó sobre una confusión previa de tono similar, cada vez que Jane expresaba la sentencia de su *Superyó*: que ella debía morir.

La confusión establecida sobre el *Superyó* patológico derivó del sentimiento de impotencia que abrumó a Jane. El recorrido posiblemente se inició en su intento de lograr un sostén emocional -que le resultaba difícil de obtener- a través de su actividad seductora, propiciada por el clima incestuoso familiar. El fracaso de ese intento, que sólo lograba migajas de sostén a cambio de su entrega sexual, se agravó a partir de la culpa que éste le provocaba. Las tácticas de poder seductor no brindaron el rédito emotivo que habían prometido y Jane se hundió cada vez más en un pantano de entregas sexuales promiscuas y de severos remordimientos, en un síntoma en dos tiempos que primero la entregaba al torturador y luego la culpaba por haber pretendido un amor que ella creía inmerecido. La transformación regresiva de su deseo de sostén en una estrategia de poder sexual seductora y agresiva sólo dio como resultado una serie de actos masoquistas -morales y eróticos. Ante dicho fracaso, su impotencia fue cooptada por el *Superyó* patológico, que le propuso un acto de poder final y contundente: ella debía morir, sólo la muerte sería su sostén final. Esa conclusión delirante presidió sus auto acusaciones y luego su decisión suicida, en un acto más confuso que psicótico (Orgel, S. 1974⁴⁰; Moguillansky, C 2001⁴¹) que, si no fuera por su severo trastorno contextual, podría describirse como una auto subjetivación extrema, luego de una larga serie de desubjetivaciones defensivas.

La confusión

La confusión implícita en el *acting out* y en sus actos auto punitivos dibuja un doble camino que merece ser señalado: en primer lugar, su provocación busca un

³⁹ Maltzberger, J. (2001): *Ibíd. Congress of Suicidality Hamburg*. 2001.

⁴⁰ Orgel, S. (1974): Fusion with the victim and suicide. *Int. J. of Psycho -Anal.* 55: 531.

⁴¹ Moguillansky, C. Correlate to the paper of Klüwer, R. (2001): "The psychoanalytic attitude and the treatment of suicidal patients". *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.

límite externo que establezca una discriminación en esa confusión, bajo la forma de un castigo corporal o moral o bien de un límite físico -tal como el que inoculó al analista, quien concretamente prohibió el *autostop*, y como luego se desplegó, de un modo más elaborador, en el último período del análisis-; y, en segundo lugar, es el corolario de una serie de confusiones que concluyeron en su fantasía de disponer de su propia vida -en la que su confusión la instaló en un rol casi divino..

La confusión suicida genera condiciones de enajenación y certeza suficientes para decidir un acto mortal, que sortea la tenaz oposición de la auto conservación. La desinvestidura de los registros de realidad -alterada por la desmentida y la escisión del Yo- interfiere los juicios de existencia y atribución, al quitarles las referencias indispensables que los sostienen. El psiquismo enfrenta una situación en la que no está en condiciones de reconocer al cuerpo ni a la vida como propios e investidos por el narcisismo. Por el contrario, la igualación narcisista sin la referencia real genera una confusión generalizada: entre justicia y venganza, entre el Yo y el objeto frustrador, entre auto y alo plastia. Como resultado, vence la lógica del predicado y predominan las razones del poder sobre las de la sexualidad, tal como se observó en las actuaciones y acusaciones auto punitivas de Jane. Sin embargo, estas razones no tienen aún la fuerza necesaria para cometer un suicidio. Sólo el agregado de una severa confusión brinda la condición económica para esa decisión. ***Esta confusión, que denominaré sincrética o usurpadora***, es el resultado de una experiencia impotente, cuando la realidad externa o interna exponen al futuro suicida a una situación de elaboración imposible, que va más allá de sus posibilidades prácticas. Este ataque a su subjetividad es resuelto con un enérgico movimiento subjetivante que le permite ser, a pesar de todo, el sujeto activo de los hechos y decidir al menos cómo será el final de la historia. La *confusión sincrética* afecta la mayoría de las funciones superiores del psiquismo y parece próxima a los fenómenos descritos por Maltzberger como *objetivación* del cuerpo. El cuerpo es tratado como si fuera un ser externo, ajeno o intruso. Dicha desinvestidura narcisista permite el ataque al cuerpo y concluye la tarea proyectiva, al homologar al cuerpo con el *self* vivido como ajeno. De ese modo se construye un depositario proyectivo. Jane trató de este modo a su cuerpo, especialmente a su vagina, pues creía que ella era un instrumento subjetivo autónomo y ajeno, capaz de destruir y dañar. Debido a dicha confusión, Jane podía pensar que "esa vagina" merecía ser destruida o asesinada. Su desmentida, rayana en la alucinación negativa, da cuenta de un movimiento proyectivo en esa parte del cuerpo y luego genera un movimiento negativo de repliegue. Ambas condiciones son el fundamento del acto final, cuya condición delirante tuvo una razón proyectiva y confusional predominante. La confusión permite que una ley local idiosincrásica

predomine sobre el criterio de realidad y ocasione la locura. Así, la confusión como instrumento teórico contribuiría a deslindar los episodios suicidas no psicóticos y brindaría una explicación convincente para aquellos suicidios que acontecen en personas como Jane, con un perfil no depresivo ni psicótico previos, pero con una tendencia a la escisión del Yo y a la confusión.

El rol defensivo de las creencias

La defensa inconsciente obliga al Yo a estar potencialmente en conflicto consigo mismo y lo impulsa a crear formaciones de compromiso entre los distintos polos del problema. Esta perspectiva del Yo brinda un horizonte heterogéneo, donde conviven acciones psíquicas de distinta complejidad y naturaleza. Ella ilustra diferentes modos de ser y de estar del Yo, entre su ilusión de constituirse como un ser idéntico a sí mismo -a lo largo de su historia y de sus acciones- y su potencialidad de escindirse, transformarse y cambiar a través de su experiencia. Su doble posibilidad -de ser único y múltiple, idéntico y mudable- le impone una tensión de estructura, tanto a la hora de asociar sus diferentes facetas ente sí como de unir las en una experiencia unificada y coherente. Freud indicó este problema en el Yo y el Ello (1923⁴²) y señaló las defensas bizarras que conviven en el Yo junto a sus producciones más sofisticadas. A partir de allí, las observaciones psicoanalíticas han dado muestras de la importancia de lo irracional en el seno mismo de la función psíquica, tanto en la esfera del Yo como del *Superyó* y de sus relaciones con la realidad (Freud, S.1924⁴³; Freud, S. 1924⁴⁴), en la vida cotidiana y en las experiencias ligadas a la fe religiosa (Freud, S. 1928⁴⁵). En este contexto, las creencias surgen como formaciones mixtas que ligan e intentan armonizar elementos psíquicos de distinta naturaleza y mantienen su integridad y supervivencia psíquicas, a pesar de su mutua contradicción. *La creencia articula el pensamiento animista, que se centra en una explicación omnipotente respecto de un poder sobrenatural, con el pensamiento racional, que intenta explicar los mismos hechos desde una encuesta neutral.* (Moguillansky, C. 2018⁴⁶) Aún en las

⁴² Freud, S. (1923): Das Ich und das Es, *G. W. XIII:237*. El Yo y el Ello. *Obras Completas*. Bs. As. Amorrortu, 1979.

⁴³ Freud, S. (1924): Neurose und Psychose. *GW XIII: 387*. Neurosis y psicosis. *Ibíd.*

⁴⁴ Freud, S. (1924): Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose. *GW XIII: 363*. El juicio de realidad en neurosis y psicosis. *Ibíd.*

⁴⁵ Freud, S. (1928): Ein religiöses Erlebnis. *GW XIV: 393*. Una experiencia religiosa. *Ibíd.*

⁴⁶ Moguillansky, C.: Del otro que nos funda al extranjero que habita en nosotros. *Psicoanálisis APDEBA*, 2018

creencias más arraigadas, el animismo permite la supervivencia de lo irracional a pesar del dominio de la razón. Aunque la razón prevalece sobre el animismo, éste logra, mediante la escisión yoica, refugiarse de las exigencias del pensamiento y convive con él. Así evita la cancelación que normalmente lograría la razón sobre sus argumentos, y mantiene a lo largo de la vida una sorda lucha con ésta por obtener el poder sobre la conciencia.

Las creencias generan un lugar intermedio, en el que lo irracional convive con la razón. Así mantienen un registro de experiencias -a veces bizarras, insensatas, insostenibles o lisa y llanamente locas- que tienen importancia para la persona, en tanto inscriben lo personal y singular de su propia experiencia emotiva. En ese caso, la coherencia lógica y la exigencia de unidad e identidad del Yo ceden ante la necesidad de preservar un registro de la experiencia emocional. Ese registro es la marca de algo que, en la vida de esa persona, da testimonio de su experiencia de sí mismo, sin la cual es no es o no sería quien es. Esta marca muestra su específica eficacia en las crisis personales que una persona atraviesa a lo largo de su vida, sea en su juventud o en la madurez. La crisis es precisamente la caída, por desidentificación, de un bastión caracterológico ante la presión de esas marcas preservadas en algún rincón de la memoria. Ellas no dejan que ese bastión se mantenga, más allá de que su preservación se acompañe de confort o de conveniencia vital, emotiva o de otro tipo. La exigencia de autenticidad promueve un cambio catastrófico -en palabras de Bion- que rompe con los lazos de familia, con las costumbres arraigadas y con la razón caracterológica a favor de una causa que atañe a lo singular de la persona y a su necesidad de ser quien es. Las creencias y el cambio catastrófico forman un par que marcan un antes y un después entre la preservación de una causa en potencia -que está inscrita en la creencia- y la crisis vital que la pone en acto. Las razones de una y de otro son de tal intensidad que tanto la creencia como el cambio catastrófico ponen en aprietos al Yo y a sus vínculos, en una serie de actos linderos con la locura o con el escándalo. En efecto, la creencia forma parte de las locuras privadas -descritas por A. Green (2001⁴⁷)- y el cambio catastrófico amenaza romper el equilibrio de una persona, de una familia o de un proyecto vital, que se han desempeñado como tales a lo largo de muchos años. Si el cambio deriva en una catástrofe psíquica, prevalecerá uno de los polos del conflicto y se perderá parte de la riqueza que dicho conflicto sostenía en vigor (Moguillansky, C. 2018⁴⁸);

⁴⁷ Green, A. (2001): *De locuras privadas*. Bs. As. Amorrortu, 2008.

⁴⁸ Moguillansky, C. (2018): *Ibíd. Esta lucha fue pensada por Bion como una variedad de la puja entre los vínculos K y -K. El animismo se opone a los logros de la razón, en una enconada lucha por su sobrevivencia. Desde la perspectiva del animismo, la razón es una intrusa que profana lo sagrado que él custodia: algo arraigado en la tradición identitaria del individuo o de un grupo. Allí radica una de las raíces de la irracionalidad del Ideal del Yo. La razón descrea de lo sagrado, pone en uso lo sagrado apartado por el*

si, en contrario, ocurre un cambio evolutivo, más allá de sus manifestaciones algo catastróficas, el resultado dará con una persona más auténtica y más confiada en sus propias potencias.

Resumen

A partir de un material clínico se hacen referencias al papel de las creencias y del cambio catastrófico en el debut adolescente y en la crisis vital en general. Las creencias aportan su singular naturaleza para ser el reservorio de aquellas vivencias que no han logrado una semantización transferencial más sofisticada. El cambio catastrófico del debut sería una oportunidad que podría aprovechar la transferencia para dar una solución a ese material vivido, pero aún no adecuadamente representado, a través de su función de atribución de significado psíquico del material emocional actual.

Palabras clave

Debut, transferencia, creencias, cambio catastrófico.

From the lack of reason of the belief to the reasons of the catastrophic change

Summary

The paper revisited a clinical material of Laufer. It discussed the roles of the beliefs and the catastrophic change in the adolescent debut and in the life crisis. The beliefs bring a crucial support to experiences, which had not been accurately meant by transference. The debut would be the catastrophic event when the transference would make this working-through process possible. It could do so because of its semanthic function.

Key words

Debut, transference, beliefs, catastrophic change.

animismo y cuestiona lo que el animismo instala como creencia. Por ello, la tensión dinámica entre la creencia y la razón se resuelve de dos modos predominantes: o bien la función primaria del animismo es suprimida por la influencia de la razón, o bien, cuando la razón no logra esa supresión, la escisión del Yo mantiene la convivencia en tensión entre ambas concepciones. Finalmente, si el animismo predomina sobre la razón, la persona o el grupo enloquecen y participan de ritos irracionales, cuya función prevalente no estriba en resolver el problema real proclamado, sino en mantener la cohesión psíquica del individuo o del grupo. Como resultado de la escisión del Yo o de la locura subsiguiente, surge un resto abyecto segregado. Ese resto abyecto es concebido como un otro -una silueta del individuo o del grupo- o es tratado como un extranjero, y es apartado del sí mismo individual o grupal.

De la déraison des croyances aux raisons du changement catastrophique: una hipótesis sur les crises vitales

Résumé

À partir d'un récit clinique on fait des références au rôle des croyances et du changement catastrophique au début adolescente et en général à la crise vital. Les croyances apportent leur singulière nature pour être le réservoir des expériences qui n'ont pas réussi une plus sophistiquée sémantisation dans le transfert. Le changement catastrophique du début serait une opportunité que le transfert pourrait profiter pour donner une solution à ce vécu mais pas encore bien représenté, à travers de la fonction d'attribution de signification psychique du matériel émotionnel actuel.

Mots Clés

Début, croyances, transfert, changement catastrophique

Referencias

- Aryan, A. y Moguillansky, C. (1992): Dificultades del establecimiento de la transferencia en el análisis de adolescentes. *Clínica de adolescentes*. Bs: As. Teseo, 2009.
- Aulagnier, P. (1975): *La violence de l'interprétation. Du pictogramme à l'énoncé*. Paris, PUF, 2003.
- Blos, P. (1979): *The adolescent passage*, NY, IUP. *La transición adolescente*. La concreción. Bs. As. Amorrortu, 1981.
- Bion, W. (1965): *Transformations*, London, Karnak Books, 1984.
- Blos, P. (1967): The Second Individuation Process of Adolescence. *Psychoanal. St. Child*, 22.
- Blos, P. *Psicoanálisis de la adolescencia*. Barcelona, J. Mortiz, 1971.
- Cahn, R. *L'adolescent dans la psychanalyse: l'aventure de la subjectivation*. Paris, PUF, 1998.
- Diatkine, G. (1992): les limites du contre-transfert et l'éthique. *Rev. Franc. Psychanalyse*.
- Ertzerdorfer, E. (2001); "The psychoanalytical positions on Suicidality in German speaking regions". *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.
- Ferenczi, S. (1932): Confusión de lengua entre los adultos y el niño. El lenguaje de la ternura y de la pasión. *Conferencia pronunciada en el XII Congreso Internacional de Psicoanálisis en Wiesbaden*, 1932.
- Freud, S. (1907): Zwangshandlungen und Religionsübungen. Actos obsesivos y prácticas religiosas. *Obras Completas*. Bs As. Amorrortu, 1979.
- Freud, S. (1919) Ein Kind wird geschlagen. Beitrag zur Kenntnis der Entstehung sexueller Perversionen. *GW XII: 197*. Pegan a un niño. *Ibíd.*
- Freud, S. (1923): Das Ich und das Es, *G. W. XIII:237*. El Yo y el Ello. *Ibíd.*
- Freud, S. (1924): Neurose und Psychose. *GW XIII: 387*. Neurosis y psicosis. *Ibíd.*

- Freud, S. (1924): Der Realitätsverlust bei Neurose und Psychose. *GW XIII*: 363. El juicio de realidad en neurosis y psicosis. *Ibíd.*
- Freud, S. (1928): Ein religiöses Erlebnis. *GW XIV*: 393. Una experiencia religiosa. *Ibíd.*
- Green, A. (2001): *De locuras privadas*. Bs. As. Amorrortu, 2008.
- Greenacre, P. (1950): General problems of acting out. *International Journal of Psycho-Analysis*. 32:264. 1951.
- Greenacre, P. (1953): "Certain Relationships Between Fetishism and Faulty Development of the Body Image. *Psychoanalytic Study of the Child*. 8.
- Greenson, R. (1976): *Technique and practice of Psychoanalysis. Técnica y práctica del psicoanálisis*. México, S. XXI, 2004.
- Jacobson, E. (1964): *The self and the object world*. London. The Hogarth Press.
- Heimann, P. (1950): "On countertransference". *Int. J. of Psycho Anal.* 31: 81.
- Klein, M. (1929): Infantile Anxiety-Situations reflected in a Work of Art and in the Creative Impulse. *Contributions to Psychoanalysis 1921- 49*. Edited by E. Jones. London, The Hogarth Press, 1948.
- Klein, M. (1935): A Contribution to the Psychogenesis of Manic-Depressive States. *Int. J. of Psycho-Anal.* 16: 146.
- Klüwer, R. (2001): "The psychoanalytic attitude and the treatment of suicidal patients". *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.
- Lacan, J. (1960): *El seminario 8*. Bs. As. Paidós 2008.
- Laufer, M. Laufer ME. (1984): *Adolescence and development breakdown: A psycho analytic view*. New Haven, CT Yale University Press. *Adolescencia y crisis del desarrollo*. ESPAXS, 1988.
- Maltsberger, J. (2001): "The psychoanalytical positions on Suicidality in English speaking regions". *Congress of Suicidality Hamburg*. 2001.
- Mannoni, O. "Ya lo sé, pero aun así". Comunicación presentada en noviembre de 1963 en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Publicada en *Le Temps Modernes*, 1964. *La otra escena*. Bs. As. Amorrortu.
- Moguillansky, C.: Del otro que nos funda al extranjero que habita en nosotros. *Psicoanálisis APDEBA*, 2018.
- Moguillansky, C. Co-relate of Klüwer, R. (2001): "The psychoanalytic attitude and the treatment of suicidal patients". *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.
- Moguillansky, C.: La invención de la experiencia. *Psicoanálisis APDEBA Vol. XXIX - N.º 2*, 2007:341.
- De M'Uzan, M. (1989) Pendant la scéance. *Conference a la SPP*.
- Schaffer, R. (1993): *The analytic attitude*. Hogarth Press. London
- Orgel, S. (1974): Fusion with the victim and suicide. *Int. J. of Psycho -Anal.* 55: 531.
- Pichon-Rivière, E. *Teoría del vínculo: clases 1956/57*. Bs. As. Ed. Taragano, Nueva Visión, 1985.
- Perelberg, R. (2001): Violence and its absence in the psychoanalytical process. *Congress of Suicidality Hamburg*, 2001.

Porge, E. La transferencia a la cantonnade. Bs. As. *Revista Litoral 10*, 1986. E. Lacaniana de Psicoanálisis.

Winnicott, D. Kahn, M. (1953): Review of Psychoanal. Studies of the Personality. *Int. J. Psychoanal.* 34.